



Defectos que perjudican la autoridad

Un maestro que no diera buen ejemplo estaría, por el mismo hecho, desprovisto de toda autoridad. Si a esto se agrega una ciencia insuficiente y falta de formación profesional, el maestro será realmente inferior a su trabajo. Señalemos algunos defectos que perjudican la autoridad.

- La indecisión:

El maestro indeciso, duda, no se atreve, piensa mucho tiempo el pro y el contra, no sabe decidirse categóricamente. Esta indeterminación se manifiesta en los regaños, las ordenes, las prohibiciones. Reprende a los alumnos con demasiada blandura y la disciplina deja mucho que desear. Que este defecto provenga de la timidez, del miedo, de cierta falta de seguridad, de cualquier modo es perjudicial a los alumnos. El maestro debe pues reaccionar, mostrarse enérgico, tener conciencia de la obra de que está encargado y de la firmeza que ella exige.

- La irritabilidad.

Este defecto proviene de un temperamento vivo e impetuoso. Agrava los incidentes insignificantes y puede indisponer hasta a los mejores alumnos. La violencia es además una señal de debilidad: antes de gobernar a los demás, es preciso aprender a gobernarse a sí mismo. El maestro irascible trabajará pues por disciplinarse, controlarse. En los momentos de irritación, que se guarde de emplear epítetos mal sonantes. "La peor injuria que uno puede decir a un alumno, dice el Padre Judde, es la de llamarlo perezoso, atarantado, mentiroso; y aún es preciso que eso no se le diga sino unas cuatro veces al día..."

- La versatilidad

El maestro versátil varía de un día a otro en sus juicios, sus gustos, sus mandatos, sus maneras de actuar. Se diría que está sujeto a las variaciones de la temperatura: hoy será todo fuego, mañana apático y descuidado; hoy bonachón mañana regañón y haciendo llover los

castigos. Al verlo, los alumnos se preguntan; "¿andaré de buenas?, -No, entonces, a cuidarse.- Hoy se levantó de buenas, entonces podremos desquitarnos. Con tal maestro, no saben a que atenerse, se despechan, se agrian, y acaban a menudo por burlarse de él.

- La severidad excesiva

Es una especie de caporalísimo: se diría que al maestro le gusta sorprender a los alumnos en falta; castiga con el mismo rigor las pequeñas faltas como las grandes; multiplica los castigos, exige la perfección en todo, no sabe decir sino cosas mortificantes. Rehúsa el aceptar razones y excusas, y no hace caso de la diversidad de temperamentos y caracteres. Se vuelve odioso a los alumnos; ¿cómo podrá hacer algún bien? Y si lo hace, imuy reducido!

- El espíritu burlón

Este defecto se manifiesta por una actitud altanera, desdeñosa y despreciativa; por palabras cáusticas e hirientes, por la manía de hacer a un alumno víctima de la burla de sus compañeros. Consiste también en permitirse burlas acerca de la región de donde proviene cada alumno, a ridiculizar a toda la clase, declarándola notablemente inferior a la del año precedente, generalizar los reproches merecidos sólo por unos cuantos. Estos procedimientos desgraciados, hieren profundamente, hacen odiar el trabajo y arruinan la autoridad moral. "La ironía es casi siempre odiosa y cobarde en las manos de un superior contra su inferior". (Padre Pradel)

- El espíritu meticuloso

Consiste en hacer constante observaciones y recomendaciones, en reglamentarlo todo minuciosamente, es no estar jamás satisfecho ni de las tareas, ni de las lecciones, en ver solo o sobre todo, el lado insignificante de las cosas y más bien lo malo que lo bueno. El maestro que tiene este defecto se pierde en los detalles. El alumno no sabe como hacerle para darle

gusto. Esta manía se cura con más dificultad que otras, porque proviene de la estrechez del espíritu, a menos que tenga su origen en un estado patológico.

- El sospechar de todo y de todos

Este defecto se manifiesta por una vigilancia inquieta que parece desconfiar de los alumnos y los cree mal dispuestos. El maestro que tiene este defecto está llevando a espiar; acoge fácilmente los reportes y favores la delación. En tal medio el alumno desconfía, su corazón se cierra y se inclina a la duplicidad y a la hipocresía. Esta actitud de desconfianza, puede hasta sugerirle la idea de portarse mal.

- La negligencia

Este defecto puede provenir de un temperamento apático, de cierta indiferencia, de falta de abnegación, de un exceso de ocupaciones o de estudios ajenos a la clase. Las clases se dan sin preparación, las taras mal escogidas y casi sin control; la vigilancia es casi nula, nada de entusiasmo y de emulación; el tono general de la clase es la indolencia, la disipación y la ligereza. En una palabra, todo deja que desear, y con tal maestro el vicio puede fácilmente penetrar en las inteligencias y en los corazones.

- El liberalismo

El maestro liberal aparenta despreciar las cosas pequeñas y atenerse sólo a lo esencial. Para él, el orden, la vigilancia, la disciplina, el control de tareas y las lecciones, son minucias. "Tienen su conciencia" dice, hablando de sus alumnos. A sus colegas más serios, los toma por estrechos de juicio. Tal educador ¿merece ese título? Por otra parte, perjudica al establecimiento donde trabaja, y a sus colegas, e indirectamente los hace odiosos a sus alumnos; compromete los graves intereses de aquellos a quienes debía guiar; y este liberalismo puede terminar, desde el punto de vista moral en las consecuencias más desastrosas.

- La búsqueda de la popularidad.

El tipo populachero constituye una manía y un defecto. Mostrarse fácil de contentar; aparentar espíritu amplio, hacer componendas sobre cualquier asunto, pronunciarse excatódra, aún sobre lo que ignora. Buscar por

cualquier medio la popularidad; mendigar la estima de los alumnos aún con bajezas; aceptar con satisfacción las críticas de los alumnos sobre el colegio y sus maestros; ridiculizar los asuntos serios; escuchar las conversaciones de los alumnos carentes de buen educación; afectar o mostrar predilección hacia los jóvenes cuya conducta y trabajo dejan que desear, etc. He aquí algunas de las señas que buscan para caracterizar y condenar este tipo odioso.

- La ligereza y la reflexión

El maestro irreflexivo es superficial en sus observaciones, sus ideas, sus palabras; nos e toma la pena de enterarse, juzga a priori, habla sin pensar en lo que dice, se contradice con frecuencia, no sabe guardarse lo que sabe. Su curiosidad es vana e indiscreta. Es incapaz de proseguir un trabajo serio: estudios personales, trabajo de preparación de clase, control de las lecciones y tareas. Está llevando a juzgar a sus alumnos por simples apariencias, a reprenderlos sin motivos serios, a castigar sin discernimiento. Nada digamos de las frases inconsideradas que pueden escapársele, de la ligereza en que puede tratar ciertos asuntos difíciles, y concluyamos que este defecto no contribuye ciertamente a afirmar su autoridad.

- La familiaridad

El tipo familiar consiste en mantener un afecto demasiado sensible hacia ciertos alumnos, a mostrar para con ellos una indulgencia culpable, mientras que se trata a los demás con demasiada severidad. Las consecuencias de tal conducta son fáciles de prever. "Esta familiaridad engendra el desprecio, la insubordinación, el abandono del trabajo, de la aplicación; hace a los alumnos caprichosos, indóciles y rebeldes; favorece la pereza y otros vicios, perjudica el progreso la aparición y el crecimiento de los malos hábitos". (Hno. Agatón, Sup. Gral.) Los alumnos que no son objeto de esta predilección se vuelven envidiosos y se sienten heridos: de ahí los odios, los enojos y las rebeliones.

Conclusión:

A decir verdad, el maestro no es más estimado por los unos que por los otros. Que les muestre pues un afecto igual y que todos sus esfuerzos tiendan a llevarlos hacia Dios y a llenarlos de su espíritu.

Tomado de la tradición pedagógica lasallista.